

sendas velas y rebosaba en gentío. Allí toda la noche subió al cielo el canto de los sacerdotes; allí velaron el rey, la corte y el pueblo, pidiendo á Dios les sacase con bien de la empresa; y oídos maitines y la misa matinal, los pálidos vislumbres del alba les sorprendieron aún en las plegarias. Cumplida aquella primera obligación cristiana, y pagado á la religión el primer tributo, —que bien mostraron con esto no les movía menos su fe que su sed de gloria,—cúpoles el turno á los juegos y regocijos caballerescos y populares, y abriólos D. Jaime con un banquete, á que convidó á cuantos en las Cortes se hallaron. Vinieron en seguida las justas y los torneos, que quienes á combatir se aprestaban, justo era que en las armas cifrasen su recreación y su fiesta; y despedidos del rey, fué cada cual para sus tierras á entender en los preparativos.

Estos se comenzaron en Barcelona con una actividad de que no había ejemplo en sus anales. Nombró el rey para que los dirigiese á Ramón de Plegamans, rico barcelonés y muy práctico en la mar, quien al momento puso en astillero sendas galeras y otros buques de batalla, y comenzó á construir y reparar gran número de taridas, brises, leños y demás buques de transporte. Bien que el movimiento, que las cruzadas dieron á la navegación y marina de los estados del Mediterráneo, también en parte alcanzó á Barcelona; y aunque las empresas de D. Ramón Berenguer III y de su hijo favorecieron el desarrollo de entrambas en Cataluña; esta de D. Jaime era, digámoslo así, la verdadera aurora de la pujanza que les estaba reservada, y así debió de presentirlo Barcelona, pues que con tanto ardor se dió á activar los aprestos. Perdió sosiego la playa, y al estruendo de las herramientas añadíanse las voces de los marineros, que con su acompasada gritería se animaban á la tarea; batíanse y hacíanse las armas, almacenábanse los bastimentos, al són de trompetas y banderas desplegadas abría la ciudad el alistamiento; aquí organizábanse las compañías de voluntarios, allí se numeraban las tripulaciones, y los cómitres entresacaban á los que

destinaban á alieres y á popa y proa, y apuntaban y examinaban los arreos y armas de empavesados y ballesteros: las calles inmediatas al mar llenas de mujeres que cosían y aparejaban el velamen, pendones y vestidos; los decires, las noticias, los cantares en boca de todos; en todos la alegría, la confianza; el temor y el desaliento, en ninguno (1). Así se daba á la construcción naval un impulso cual nunca lo había recibido; y de entonces arrojándose á la mar con solas sus fuerzas, dató el encumbriamiento del poder marítimo de Cataluña.

Entretanto, continuaba la división entre los árabes, y el imperio de los almohades en todas partes era combatido, á pesar de los singulares esfuerzos del califa ó emir Cid Abu-el-Ola el Mamún. Un descendiente de los Beny-Hudes, antiguos reyes de Zaragoza á quienes los almoravides respetaron, allega sus parciales, y se hace proclamar en Escuriente: otro de los pretendientes, Yahya-ben-Nasr, derrotado antes por el Mamún, aparece de nuevo en los últimos confines del imperio, y envía emisarios á España; y Abu-Djomail-Ebn Mordanisch, descendiente de los reyes de Valencia que tanto se opusieron al asiento de los almohades en España, toma las armas en aquel reino, de cuya mayor parte se apodera. El hermano de El Mamún, llamado, como ya se dijo (2), Cid-Abu-Mohamed-ben-el-Mansur, que gobierna allí, desamparado de los más de los suyos, viénese á Aragón, con cuyos estados está en treguas, para ajustar con D. Jaime una alianza contra Abu-Djomail.

Aconteció que también entonces había llegado el legado pontificio cardenal de Santa Sabina, que entre otras cosas debía entender en el divorcio del rey y de su esposa D.^a Leonor de Castilla que, pues á nuestro propósito no hace, omitiremos. El rey, como supo esta venida y además le llamaban á Aragón diligencias para la empresa, se fué por Abril á Calatayud y de

(1) Véase el número 14 del *Apéndice*.

(2) Véase la pág. 30

allí á Lérida, con buen acompañamiento de personas eclesiásticas y caballeros. Hizo mucha honra al cardenal y al walí almohade de Valencia, que sin duda le expuso el estado de sus cosas y le rogó entrase con él en sus tierras. Pero D. Jaime, resuelto á no desistir de lo proyectado, dió cuenta de ello al cardenal, que mirándole y admirando tanto brío en tan pocos años: « ¡Hijo, exclamó, la idea de semejante acción no de vos sino de Dios viene, el cual os la inspiró y os ha enviado su gracia: y ya que así es, pléguele que le deis cabo como vuestro corazón desea! »

Los ricos hombres aragoneses, que habían venido á Lérida, y los vecinos de ésta, no acogieron con gusto la noticia del paso á las Baleares, y á decir verdad, la razón estaba de su parte. Casi diariamente les corrían las tierras los almugávares moros de Valencia, al paso que ningún daño de los baleares recibían: y como desahuciado Cid-Abu-Mohamed de aquella última esperanza de entrar en Valencia con las fuerzas del de Aragón en demanda de los rebeldes, tal vez se aprovechó de la mala disposición de los aragoneses y leridanos para insinuarles la idea de acometer á Valencia, acudieron ellos al legado para que intercediese con el rey y le hiciese mudar de resolución. Dióse aquel día orden de que al siguiente se convocasen los tres brazos de Lérida y los ricos hombres de Aragón; y reunidos, expúsoles el rey los daños que del de Mallorca habían recibido sus tierras y vasallos, que despreciando todas sus embajadas y su poder tenía presos á sus mensajeros (1), que por esto había determinado pasar á Mallorca, confiando que, pues en servicio de Dios y de la cristiandad lo acometía, él habría victoria, y ellos no abandonarían á su soberano en tal coyuntura. El cardenal se levantó entonces, y le manifestó cuán poco dispuestos estaban los aragoneses y leridanos á seguirle en aquella jornada; que le

(1) Si esto que dice D' Esclot es cierto, confirma nuestra aserción de que no sólo á la respuesta del walí se debió el paso á Mallorca.

suplicaban fuéase antes á Valencia, y ellos harían cuanto mandase, y le servirían gustosos con sus personas, vasallos, caballos y armas; mas de ninguna manera en lo de Mallorca, de lo cual ni se curaban ni lo deseaban.—« Esa conquista de Mallorca no abandonaré yo, dijo el rey, que así lo juré, y jamás romperé mi juramento: quien quiera seguirme, demás que cumplirá con su deber, me tendrá muy mucho por su amigo; quien no, piénselo antes con madurez. » Y cogiendo un pedazo de cordón, doblólo á manera de cruz, y dijo al cardenal que se lo cosiese al hombro. Hízolo el prelado, dióle su bendición, y concedió grandes indulgencias á él y á cuantos á Mallorca le acompañasen; y en seguida la comitiva del rey, en que venían el obispo, el arcediano y el sacrista de Barcelona, tomó la cruz de manos del legado, con no poca admiración y pesar de los aragoneses y leridanos, que no hicieron ninguno la menor oferta (1).

No menos hubieron de sentirlo Cid-Abu-Mohamed y los suyos, ya que casi otro recurso no les quedaba para echar del reino valenciano á Djomail; pero el rey, que en aquella ocasión anduvo muy cuerdo y harto político para su corta edad, cerró con el moro una alianza ofensiva, para cuya seguridad se dieron mutuamente varias fortalezas y rehenes; y aun con gran sagacidad debió de insinuarle que sólo en favor suyo pasaba á Mallorca, donde sin duda tenía el moro enemigos sublevados, pues que así, dicen las crónicas árabes, Cid-Abu-Mohamed se lo persuadió á sí propio cuando el aragonés puso por obra la jornada (2). Esa división que entre los árabes ardía fué quizá no poca

(1) No olvide el lector que el rey en las Cortes de Barcelona prometió levantar de su cuenta una hueste de aragoneses; y por esto suenan en la conquista apellidos y ricos hombres de Aragón. Pero no se lee que ninguna ciudad ni villa de aquel reino enviase á la expedición tropas suyas: sólo Lérida, aunque al principio se negó, se halla mencionada en el repartimiento, de que le cupo gran parte.

(2) «En este año, con gran poder y aparato de naves fué el tirano Gaymis (Jaime) contra Mayorcas, entendiendo Cide-Muhamad y los suyos que iba en su favor y ayuda.» CONDE, *Árabes en España*, 4.^a parte, cap. 2.^o

parte para que D. Jaime activase los aprestos; y á la verdad bien conoció lo favorable de la coyuntura, que no tan á su salvo hubiera intentado la expedición si las armas de los infieles no hubiesen estado felizmente ocupadas en su misma ruina, y si la voz del contrariado emir ó califa de Marruecos hubiese podido, como antes, poblar de embarcaciones suyas el Mediterráneo.

Mientras el rey acudía á Aragón para apereibir su gente, los barones y eclesiásticos catalanes fuéronse para sus estados, conmoviendo con su nuevo cruzamiento los lugares por donde pasaban, y enardeciendo más y más los corazones. El obispo don Berenguer de Palou, al llegar á un pueblo suyo llamado Querol, encontró á Guillén de Moncada que con gran séquito le esperaba: al ver éste y los suyos la cruz que en el hombro ostentaban el prelado y sus caballeros, y como supiesen que también el monarca se había cruzado, quisieron imitar su ejemplo, y de manos del obispo recibieron el signo de nuestra redención; tras lo cual, se separaron para reunir sus hombres de guerra y estar á punto.

La primavera serena en tanto el cielo y tiñe de verdor las cumbres, y toda Cataluña redobla el movimiento. Los barones organizan sus huestes y señalan capitanes á los tercios; las muestras se suceden, los castillos se pueblan de gente de armas; y en todas partes armamentos y són de guerra. Bótanse del astillero al mar las embarcaciones, que se reparten por la costa; cargan bastimentos, armas é ingenios; y forman tres divisiones, que anclan en Tarragona, Cambrils y Salou. La fama de la expedición ha cundido por la Provenza y por la Italia, y buenas lanzas extranjeras van acudiendo al cebo de la gloria y del reparto. Ya el rey llega con su hueste aragonesa, capitaneada por D. Pedro de Maza, el conde de Carroz, D. Jimén de Urrea, D. Pedro Cornel, D. Lope Jiménez de Luesia, y D. Pedro Pomar: el obispo de Barcelona marcha al frente de sus tercios, que confió al valor y pericia de su primo hermano Guillén de Mon-

cada, Ramón de Solsona, Ramón de Montanya y Arnaldo Desvilar: con el conde de Rosellón Nuño Sancho vienen de caudillos Jofre ó Wifredo de Rocaberti, Olivier de Térmenes, Ramón de Canet, Gisberto de Barberá, Pedro de Barberá, Ponce de Vernet, Castellán Ruiz y dos principales barones de Castilla; el vizconde de Bearne Guillén de Moncada lleva por capitanes y camaradas á Guillén de Cervelló, Ramón Alamany, Guillén de Claramunt, Hugo de Mataplana, Guillén de Santvicens, Ramón de Belloch, Berenguer de Centelles, Guillén de Pallafolls, y Berenguer de Santa Eugenia: el de Ampurias Ponce Hugo, el obispo de Gerona D. Guillermo Cabanellas, el arcediano de Barcelona Bernardo de Villagrana, el sacrista de la misma iglesia Pedro de Centelles, el sacrista gerundense Guillermo de Montgrí, el paborde de Tarragona Ferrer de Santmartí, las ciudades, las villas, los nobles, todos aprontan las fuerzas que prometieron ó cuantas pueden; y el simple caballero sin estado, que no pudo prometer ni traer grandes compañías, trae su buen corazón y su lanza.

Cuanto más crecía la actividad, más se echaban de ver las dificultades de tan osada empresa, que iban retardando la partida. Pero ese mismo retardo dió lugar á que fuesen llegando cada día nuevos aventureros, y los preparativos y provisión se hiciesen con mayor acierto. Montañeses los más, y gente inexperta en la mar, íbanse los soldados acostumbrando á la vista de aquel elemento y á los ejercicios militares que requiere; y el ejemplo del orden y disciplina naval, superiores entonces á los de tierra, debieron influir grandemente en el buen proceder de aquel ejército, compuesto de vasallos de diferentes señores, bien que unidos todos por el común vínculo de la lealtad á su soberano.

Corría ya el Agosto de 1229, y á fines de este mes ratificóse en Tarragona el convenio celebrado en Barcelona, que ahora se modificó en una de sus cláusulas. Los caballeros templarios, con quienes no se contó al principio, como tan religiosos y enemi-

gos de la morisma quisieron ser de la jornada; y tanta honra les hizo el rey, que al comendador de Mirabete, Fr. Bernardo de Champans, en la ratificación del convenio le nombró uno de los que debían de cuidar del repartimiento de la isla, á cuya conquista envió la orden los más señalados caballeros. Y como también se nombró para lo mismo al obispo gerundense, vinieron á ser los comisionados ó árbitros de la partición futura el obispo de Barcelona, el gerundense, el templario Bernardo de Champans, Nuño Sánchez, Hugo de Ampurias y Guillén de Moncada (1).

Entonces, prontos los bajeles, reunidas las compañías, pábase muestra general así de la gente de tierra, que ascendía á quince mil de á pie y mil quinientos jinetes, sin contar los aventureros provenzales é italianos, como de la flota compuesta de veinticinco naves gruesas, diez y ocho taridas ó drómonas, doce galeras y ciento entre brises y galeotas: en todo, ciento cincuenta y cinco navíos mayores ó *caudales*, según la expresión del rey en sus comentarios, amén de las barcas y demás vasos de menor porte. Comulga D. Jaime con devoción, la mayor parte le imitan, y comiézase el embarque. Las grandes naves y taridas reciben á bordo los caballos; sube la gente á los bajeles, y bien que á muchos el mareamiento les fuerza á volverse á tierra, alegremente se acomodan los demás por las cámaras: cosa muy digna de notarse, que tantos caballeros, no avezados á la navegación, que por lo atrasada era entonces más temible, nacidos y venidos los más de las montañas, así con tanto ánimo, como si á fiesta y cierta victoria fuesen, se aventurasen á tan terrible elemento, cuya sola vista, extensión y continua mudanza debían de retraerles de su propósito. Habido consejo con los principales cabos de las embarcaciones, dispone el rey el orden con que ha de navegar la armada: que la nao del capitán, Nicolás Bonet, en que va el vizconde de Bearne, abrirá la marcha, y de

(1) Véase el núm. 13 del *Apéndice*.

noche llevará un farol; que la que monta el conde de Carroz irá á retaguardia con otro farol; que las taridas, brises, leños y demás transportes se colocarán en el centro; y que las galeras, como más sueltas y á punto de batalla, se repartirán por entrambos lados, de manera que con ellas se tropiece toda embarcación enemiga que haga rumbo hacia la escuadra.

Ya los primeros albores del miércoles, 6 de Setiembre (a), rayan las aguas del golfo, que quietas y perezosas los reflejan en su unida superficie: las trompetas tocan á partir, y en aquellas playas todo es movimiento. Los de Salou, donde está el rey, zarpan los primeros: izan velas y el pabellón barcelonés; y los alieres y popeles, levantados los remos y en ellos puestas las forzudas manos, esperan para bogar la señal del cómitre. Ningún viento empero hincha el velamen, sólo sopla una débil brisa de tierra; mas no consintiendo ya la impaciencia dilación alguna, dase la señal, y comienzan á marchar las naves, entre las aclamaciones de los que parten, y las bendiciones y voces de despedida de los que en la playa se quedan. Al ver los de Tarragona y Cambrils que la división de Salou ya da la vela, imitan su ejemplo; y entonces, dice el rey, es de ver para los de la playa cual blanquea la mar con la multitud de las velas, que tan gentil y tan grande es la flota.

D. Jaime entretanto atendía en tierra al buen orden de la partida, y á esta precaución suya debióse el embarque de un crecido número de combatientes. Los buques aprontados para la expedición no pudieron cargar toda la gente, y mil aventureros veían con dolor frustradas sus esperanzas: movido de sus súplicas el joven monarca, parte los fué repartiendo como mejor se pudo por los transportes; y reuniendo cuantas barcas y otros

(a) Miércoles fué el 5 de Setiembre de 1220, y primer viernes del mes el 7 según la crónica real, notándose en el curso de este capítulo la equivocada anticipación del día de la semana respecto del de mes, que hubiera podido evitar el autor atendiendo á la letra dominical del año.

vasos menores de particulares hubo á la mano, recogió en ellos á los restantes. Hecho esto, y el postrero de todos, subió el rey á la galera de Montpellier, y se reunió á la flota, que con muy buen concierto iba haciéndose á la mar.

Así navegaron veinte millas, cuando saltando de improviso el viento á leveche ó sudoeste, los cómitres y nocheros de la galera de D. Jaime fuéronse para él, y le dijeron:—« Señor, vuestros somos y vuestros vasallos naturales, y por esto obligados á mirar por vuestra vida y aconsejaros buenamente como mejor sepamos. Este tiempo de leveche no es favorable á vos ni á vuestra escuadra, y sí tan contrario que no podréis con él tomar puerto en toda la isla de Mallorca: por lo cual, en nuestro sentir, convendría que volviéseis atrás y á tierra, que Dios en breve os dará tiempo más próspero para la jornada.—No haremos tal, contestó el rey, ni á tierra nos volveremos por todo lo del mundo: pues si antes de dar la vela muchos que se sintieron mareados prefirieron quedarse, lo mismo harían ahora cuantos sufren del mareamiento, y no persistieran sino los hombres de más pro, que sólo por vergüenza no seguirían el ejemplo de aquellos. Cuanto más, que á esta jornada vamos por la fe de Dios y contra los infieles, para que éstos se conviertan, ó sino aniquilarlos y restituir ese reino á la fe de Cristo; y pues en su nombre vamos, él nos guiará:» animosa contestación, que así revelaba su confianza en Dios, como honraba su intrepidez y su buen discurso. Hubieron los cómitres de asentir á lo que don Jaime dijo, prometiéndole que no perdonarían esfuerzo alguno; y ya porque trabajaron con ahínco en cumplir su palabra, ya por la excelente marcha del bajel, al cerrar la noche la galera de Montpellier había pasado por entre toda la escuadra y alcanzó á la nave de vanguardia, que montaba el Bearnés. No aflojaba el furioso leveche, y como la oscuridad era densísima, los marineros de una y otra se preguntaron cuyas eran; y al oír los del vizconde que en la recién llegada iba el rey, saludáronlos con grande regocijo, clamando que *fuesen cien mil veces bien-*

venidos. Pasó adelante la real; y de este modo, la que había partido la última de Salou se encontró desde entonces la primera, y fué la guía de las demás. Navegaron aquella noche á orza: el viento arreciaba, y al día siguiente se embraveció tanto el mar, que las olas saltaban por encima de la tercera parte del buque, á proa (1). Ya el sol despedía sus últimos rayos, cuando cesó el leveche, y en aquel mismo punto dieron vista á la isla y distinguieron la Palomera, Soller y Almalug. Entonces dijéronle á D. Jaime que convendría acortar velas, si no quería que de tierra los viesan; y acabada la maniobra, ya el mar había abonzado considerablemente. Propúsose que se encendiese una linterna para que los demás bajeles acudiesen á donde la real se dirigía; y como se temió que la luz los descubriese á los de la isla, el rey soltó los reparos con indicarles que pusiesen la linterna en lo alto de la carroza ó alcázar, y que delante de ella, por la parte que á tierra miraba, tendiesen un gran paño, bastante para ocultar su resplandor. Hiciéronlo, y los faroles y luces, que en varias direcciones y á diferentes distancias fueron apareciendo, probaron que las embarcaciones habían visto la de la real, y á todos fueron motivo de aliento y alegría. Á poco ya llegaron junto á la real dos galeras, y como los de aquella les preguntasen por el resto de la flota, contestaron que iba viniendo como mejor podía; y así era en efecto, que por el hilo de media noche hubo la real á la vista treinta ó cuarenta buques entre naves, taridas, galeras y leños.

Habíase serenado el cielo, y la luna esparcía su blanca claridad sobre las aguas; y soplando una fresca brisa de garbino, dijo el rey que, pues antes se había acordado que todos los navíos aportasen á Pollensa, á favor de aquella brisa bien podían

(1) La crónica del rey, y en particular la de Marsilio, insisten mucho en lo del mareamiento de los embarcados; y al hablar de este temporal, dice el segundo de aquellos cronistas: «Mas entre hora nova é vespres cresqué lo vent, é fort horriblement la mar s'infla; munten les ondes é complexen be le terça part de la galea, é la mar prova é assatga los ventres dels novels peregrins é encara dels antichs mariners; tots los peus los vacillen, els caps han torbats.»

enderezar el rumbo allá. Cambió la real la vela, y lo mismo hicieron cuantas naves pudieron verlo. Las marejadas aún batían de cuando en cuando las bandas del buque, pero la mansa brisa íbalo impeliendo suavemente: ya no tendía la tormenta sobre el mar sus tinieblas, y el astro de la noche iluminaba las blancas velas amigas, que á la señal de la linterna respondieran. Así navegaron algún tiempo con esa bonanza, cuando hacia el norte asomó á lo lejos una nube. Miróla un buen espacio el cómitre principal, Berenguer de Gayrán, ducho marinero; y meneando con aire sombrío la cabeza: «no me agrada, dijo, la nube que allá veo, á la parte del viento de Provenza. ¡Ea, sus, estén todos prevenidos; á las jarcias!» Y apenas cada cual estuvo en su puesto, vino á deshora una tan furiosa ráfaga que ladeó el navío, mientras á los gritos de *cala, cala*, que daba el cómitre, arriaban las velas á toda prisa. Crecieron otra vez las ondas, y las demás embarcaciones, que no debieron de estar prevenidas como la real, viéronse á punto de naufragar, y con no poca fatiga y temor lograron quedarse á palo seco. La gritería de los marineros que se animaban á la maniobra, los bramidos del viento, el estrépito con que las olas reventaban, las nubes que de nuevo encapotaban el cielo, todo infundía pavor y trastorno: la horrible tempestad seguía embraveciéndose; los de la galera, sin ver más espacio que el que de ola á ola en los hondos y negros surcos de la mar había, sólo de cuando en cuando por los lamentos é invocaciones que traía el viento colegían el riesgo de las demás naves, y con ellos aumentábanse su angustia y el temor del suyo propio. El viento, que hasta entonces había soplado en una misma dirección como una continua ráfaga, trocóse casi en torbellino, y perdido el uso del timón los buques giraron sobre sí mismos: espanto de muerte vino á todos los de la real, ni una voz en ella, y ese silencio terrible y profundo, claro decía cuánto de su salvación desesperaban (1). Cuando esto vió

(1) Este sublime silencio está descrito en la crónica del rey con tal sencillez

el rey, arrodillado en la popa y al cielo vueltos los ojos, oró un buen espacio; y acabado que hubo su plegaria, conociendo que con tal viento era imposible aportar á Pollensa como se había convenido, levantóse, y rompiendo aquel fúnebre silencio, dijo: —«¿Hay en esta galera alguno, que por sus viajes á Mallorca conozca bien la costa? — Yo, señor, respondió el cómitre Gayrán; yo he estado varias veces en Mallorca. — ¿No se encuentra ningún puerto cerca de la ciudad (Palma) y á la parte de Cataluña? — Un montecillo hay, que de la ciudad dista por mar veinte millas, y tres leguas por tierra: llámanlo la Dragonera, es isla, y tiene un pozo de agua dulce, en que hicimos aguada mis marineros y yo una vez que allí estuvimos. Más inmediato á tierra (de Mallorca) hay otra colina, isla también, llamada Pantaleu, que sólo de la costa dista un buen tiro de ballesta. — Pues ¿qué más pedimos ni queremos sino buen puerto con agua dulce, en que puedan refrescar la gente y los caballos á despecho de sarracenos, y de donde podamos marchar á donde nos plazca? Poned, poned la vela al viento provenzal, que con ese allá iremos.» Hízose al punto, y pasando el aviso á las naves más cercanas, fueron cambiando velas y siguiendo el rumbo de la real: caso notable y sobremanera honroso para D. Jaime, que en una flota donde tantos y tan experimentados marineros había, donde sobraban varones de intrepidez notoria, él solo jamás decayese de ánimo, y en los mayores apuros él, tan poco práctico en la mar, fuese quien sugirió y activó las disposiciones. De este modo, el mismo viento que estorbaba la ida á Pollensa, impelió los bajeles al nuevo puerto de la Palomera ó del Pantaleu, en donde entró la real el viernes 8 de Setiembre, y al cual fué arribando toda la escuadra, que sin pérdida alguna ya el sábado estuvo reunida.

Pero su llegada no cogió desapercibidos á los moros que ya

y fuerza, que es imposible gozar de entrambas calidades sino en el mismo original. Véase el núm. 15 del *Apéndice*.

guarnecían aquella costa y se pusieron en la Palomera en número de cinco mil peones y doscientos caballos, armadas las tiendas, y dispuestos á impedir el desembarco. Conoció el rey cuán temerario fuese tentar esa operación con tantos enemigos á la vista; y llamando á consejo al conde de Rosellón, al de Ampurias, al Bearnés y demás cabos, y á los cómitres de mayor autoridad, resolvióse que D. Nuño en una galera suya propia, y D. Ramón de Moncada en la de Tortosa, fuesen costeando hacia la ciudad y escogiesen lugar bueno para tomar tierra.

Volviéron los dos exploradores con la noticia de que cerca había un sitio á propósito, que llamaron Santa Ponza (a), y que no muy distante de la playa se levantaba un montecillo, en que apostados quinientos hombres podrían solos proteger el arribo de toda la flota y la salida de los soldados. El domingo desembarcaron D. Jaime y algunos barones en el islote del Pantaleu, y como gente poco acostumbrada á la navegación, bien hubieron menester de aquel descanso para reponerse. Y no sólo descanso les fué aquel detenimiento; sino que, á cosa de medio día, vino nadando al Pantaleu un sarraceno, que la crónica apellida Alí, y en algarabía dijo al rey qué número de combatientes el walí contaba y qué ánimo la ciudad tenía (1).

Resuelto á marchar al nuevo puerto de Santa Ponza, ya echó de ver el rey que no lograría desembarcar sin obstáculo si

(a) El nombre de *Santa Ponza*, consignado en la crónica del rey, remonta acaso, como otros de santos que se hallan en el repartimiento, á los tiempos de la cristiandad primitiva, anteriores ó coetáneos á la dominación sarracena, pues que la de los pisanos fué sobrado pasajera para levantar templos ó cambiar la denominación de los lugares. Los de *Palomera* y *Dragonera* pudieron ser impuestos á aquellas costas por los navegantes catalanes, y lo mismo digo del de *Pantaleu*, sin necesidad de andar á caza de griegas etimologías. Miedes, al fin del libro VI de su historia, habla de *Pontia* como de colonia romana al igual de *Pollentia*, para lo cual no tuvo sin duda más razón que la índole del nombre.

(1) D'Esclot escribe que el walí pasó revista á cuarenta y dos mil hombres; con que rebajando de este número un tercio, aún era muy considerable el ejército sarraceno que presentó después batalla al rey. Véase el núm. 16 del *Apéndice*.

no burlaba la vigilancia de los sarracenos que en la Palomera estaban; y para ello, mandó que á las doce de la noche todos zarpasen áncoras, y no gritasen como suelen marineros, sino que en vez de voces diesen con un palo en la popa de cada embarcación, porque ya la leva era fácil por no haber echado más que una áncora, que tanta era la bondad del fondeadero. Hízose así con gran silencio: cada galera sacaba del puerto á remolque una tarida, y todos iban zarpando; mas sintieronlo las escuchas moras, como estaban con harto cuidado, y dieron la alarma. Pararon las galeras, y todos pusieronse á escuchar atentamente; viendo empero que se alborotaba el campo todo, y que los infieles ponían el grito en las nubes, volvieron á remar con mayor brío, gritando por no parecer acobardados: *¡Adelante, adelante, en buenaventura!* Movióse entonces gran tumulto en la playa y en el mar: las trompetas y atabales tocaban á partir en el campo, y las voces y denuestos turbaban el silencio de la noche. Así fueron marchando los unos lo más cerca del agua que pudieron, y avanzando los otros á vela y remo; mas como el terreno forzó á los moros á hacer algunos rodeos, y las galeras y taridas bogaban con gran brío, llegaron éstas ante que aquellos á Santa Ponza, y comenzaron el desembarco (1).

Saltó en tierra el primero Bernardo de Riudemeya ó Argentona, que con ambos apellidos le mientan las historias; y clavando un pendón blanco en la punta de su lanza, á todo correr trepó á la cumbre del collado de que hablaron los exploradores: animosa acción, que dió seguridad al desembarco y lo apresuró. Apenas estuvo en lo alto, vió que á rienda suelta asomaban ya los moros por la llanura (a): hizo señas con el pendón á los de

(1) Véase el núm. 17 del *Apéndice*.

(a) De los preparativos que en su defensa había hecho mientras tanto el walí, y de las violencias á que apeló contra los descontentos de su mando, nos suministra interesantes datos la dramática relación de Al-makzumí, historiador peculiar de Mallorca, contemporáneo de su pérdida á la cual sobrevivió veintiún año refugiado en Túnez, y sumamente hostil según parece al jeque almohade. «Habiendo escogido, dice, unos mil caballeros, los distribuyó por la isla, y formó en se-